

13ª semana del tiempo ordinario. Sábado: Mt 9, 14-17.

Cuando san Mateo está transcribiendo estas palabras de Jesús, les quiere decir a su comunidad que el cristianismo no es una especie de modificación o mejoramiento del judaísmo, sino que es un cambio radical. No vale poner un remiendo nuevo a un vestido viejo, sino que hay que ponerse un vestido nuevo. Es lo que diría san Pablo con aquello de “revestirse del hombre nuevo”. Es lo mismo, para los que entendían de vinos con aquello de: “A vinos nuevos, odres nuevos” (o “cueros nuevos”).

Esto lo dijo Jesús a propósito de un reclamo que le habían hecho los fariseos sobre las prácticas del ayuno. Resulta que, aunque la ley de los judíos sólo ordenaba ayunar en un día especial del año, los fariseos especialmente se habían hecho sus leyes para ayunar todas las semanas. También lo hacían los discípulos de Juan Bautista. Los discípulos de Jesús no lo practicaban o porque no estaban muy metidos en prácticas religiosas, o porque veían que Jesús se fijaba más en las actitudes del corazón que en prácticas concretas. El hecho es que algunos discípulos de Juan lo notaron y se lo hicieron saber a Jesús. Jesús, entre otras razones, les explicó lo del vestido nuevo y odres nuevos; pero primero expone la razón del **Esposo**.

Resulta que una de las razones de los ayunos, especialmente de los discípulos del Bautista era la espera del Mesías. Querían con ello expresar la insatisfacción de los tiempos presentes y espera de tiempos mejores. Todo eso, dice Jesús, no tenía sentido ya, pues esos tiempos habían llegado ya. Jesús es el “esposo” que está con nosotros: es la manifestación del amor de Dios. Jesús, al hablar luego del vestido nuevo y el vino nuevo, nos recuerda el banquete nupcial al que nos convida el Señor. Nuestra religión no es un conjunto de prácticas, sino una nueva vida en el amor, aunque para vivir esa vida de amor necesitaremos algunas prácticas.

De hecho la vida cristiana es a la vez fiesta y lucha. Fiesta porque vivimos la presencia de Dios por amor, porque celebramos la eucaristía y demás signos de amor de Jesucristo vivo entre nosotros, y es lucha también para poder ser fieles a ese amor y para que esté más presente ese amor en la vida de todos los hombres. La lucha será necesaria en nuestra vida, porque, para llegar al verdadero espíritu de fiesta con Jesús en la Pascua, tenemos que romper muchas ataduras de egoísmo, orgullo, mentira...

El ayuno de los discípulos de Juan se parecía en parte al de los fariseos. Lo que molestaba a Jesús en las prácticas externas de ayuno que hacían los fariseos, como puede ser quizá en nosotros, era que lo hacían para adquirir “méritos” ante Dios (o ante la gente), sin preocuparse en adquirir una mayor relación de amor con Dios y con el prójimo. Al realizar esos ayunos externos buscaban su complacencia egoísta, y por eso la virtud era aparente, hueca y podrida por dentro, porque les faltaba el amor. Jesús nos enseña que el ayuno que la Iglesia nos recomienda a veces, no es por “merecer” una salvación, sino para acompañar a Jesús muerto por nosotros en la cruz y así manifestarle nuestro amor. Debe salir por lo tanto de un corazón libre y lleno de amor. También el ayuno cristiano tiene mucho del compartir con los demás el amor. Es ahorrar algo para darlo a los necesitados. Por lo tanto lo que vale en el ayuno es el amor que se pone en ese sacrificio libre y generoso. Claro que, cuando se habla de ayuno, no se trata sólo de alimentos, sino de tiempo y tantos gastos superfluos.

La religión de Jesús era una novedad o podemos decir que tenía un carácter revolucionario, no por el hecho de que se saltase las normas, sino que pretende cambiar la realidad más profunda de la vida del ser humano. Cuando llamamos a Jesús “el Señor”, es porque El es la norma, el criterio, el camino que debemos seguir. Por ello debemos dejar nuestras normas y criterios propios. No es fácil. Los judíos condenaron a Jesús en nombre de Dios, porque de sus ideas y criterios hicieron sus ídolos, dejando al Dios del amor, que es nuestro Padre.